

El Peligro Mortal de la Imitación en la Iglesia

Contra el culto al espectáculo, la imitación y la pérdida del Evangelio

Alex corzo

“Una voz dijo: «Clama». Entonces él respondió: «¿Qué he de clamar?». Que toda carne es como la hierba, y todo su esplendor es como la flor del campo. Se seca la hierba, se marchita la flor cuando el aliento del Señor sopla sobre ella; en verdad el pueblo es hierba. Se seca la hierba, se marchita la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre.”

—Isaías 40:6-8

Introducción

Esta semana, México se estremeció con una noticia escalofriante: el hallazgo de lo que las autoridades describen como un posible “campo de exterminio” en el estado de Jalisco. Más de 47 mil restos óseos fueron descubiertos en una fosa clandestina, testigos silenciosos de una violencia que ha dejado de sorprender. Se trata del mayor hallazgo forense en la historia reciente del país, una evidencia brutal de la barbarie, la impunidad y la ausencia de justicia. Pero lo más alarmante no es solo la cantidad de restos, sino el silencio ensordecedor que los rodea. La sociedad, en lugar de clamar, calla. En lugar de llorar, cambia de canal. Mientras algunas familias aún buscan desesperadamente a sus desaparecidos, otros simplemente pasan la página, como si el horror se hubiera vuelto parte del paisaje.

Vivimos en un país anestesiado por el espectáculo y por la comodidad efímera y mal entendida, donde lo que no entretiene, no importa. Estamos tan saturados de imágenes, de videos virales, de distracciones sin alma, que ya hemos perdido la capacidad de asombro y de compasión.

La violencia se ha vuelto rutina. El crimen, parte de la ecuación. Y la sangre inocente, apenas un eco entre memes, influencers y escándalos de famosos. Es una generación que prefiere la risa superficial a la verdad que incomoda, que prefiere ser entretenida antes que ser transformada.

¿Y la Iglesia? ¿Dónde está la voz profética que confronta esta oscuridad?

En lugar de levantar el clamor, muchas iglesias han preferido levantar escenarios. En lugar de consolar con la verdad, entretienen con luces. En lugar de predicar arrepentimiento, producen espectáculos con humo, pantallas LED y discursos motivacionales para hacer sentir bien a la gente.

Se han convertido en ecos del mundo, no en trompetas del cielo. En vez de ser columnas de la verdad, se han vuelto espejos de la cultura. Cambian la cruz por la comodidad, la Palabra por las tendencias, el llamado al arrepentimiento por frases bonitas que no confrontan ni incomodan.

¡Es tiempo de despertar! ¡Es tiempo de salir de la comodidad!

Hoy más que nunca necesitamos recordar que la carne —por muy glamurosa o atractiva que parezca— es hierba. Se seca. Se marchita. Se desvanece con el primer soplo de juicio. Solo la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre.

NO necesitamos iglesias que sean adornadas y brillantes como flores, ni que presten relevantes y atractivas como hierbas aromáticas, esas van a desaparecer, necesitamos ser la iglesia que contenga y predique la palabra que permanece para siempre.

Y solo una iglesia anclada en esa Palabra será capaz de resistir, de clamar, de transformar... y de brillar como lumbrera en medio de tanta oscuridad.

I. El Culto a la Imitación

Uno de los síntomas más evidentes de la decadencia espiritual de nuestros tiempos y esta comodidad peligrosa en la iglesia, es el auge del culto a la imitación dentro de muchas iglesias.

Con la intención de atraer multitudes y parecer “relevantes”, no pocas congregaciones han transformado el culto —que debería estar centrado en la Palabra de Dios, en la reverencia, en la santidad y en la devoción sincera— en un espectáculo cuidadosamente producido. El estrado ha sido sustituido por templetes y escenarios; el púlpito, por podios motivacionales; y la predicación fiel, por discursos edulcorados, diseñados para agradar a un público que ha dejado de ser congregación y se ha convertido, precisamente, solo en eso: un público. Un público que no busca ser confrontado, sino complacido. Que no quiere verdades que incomoden, sino frases que entretengan.

Aunque esta tendencia no es exclusiva de las llamadas *megaiglesias*, es en ellas donde suele manifestarse con mayor intensidad. Auditorios repletos, luces envolventes, bandas profesionales, pantallas gigantes, y experiencias visuales cuidadosamente diseñadas... todo bajo la premisa de que “Dios merece lo mejor”. Y es cierto: Dios merece lo mejor, y no estamos sugiriendo que el uso de tecnología o el deseo de hacer las cosas con excelencia sea algo malo —la mediocridad nunca ha glorificado a Dios—. Pero el problema surge cuando la excelencia técnica reemplaza la profundidad espiritual, y lo que se ofrece ya no es un encuentro reverente con Dios, sino entretenimiento emocional disfrazado de adoración. Se pueden llenar estadios, sí... pero muchas

veces se vacían los altares de convicción. Se puede cautivar a las personas, sí, pero no a costa de la falta enseñanza bíblica profunda y un discipulado genuino.

Y eso es precisamente lo que estamos viendo hoy: cristianos que ya no buscan una iglesia donde se predique la sana doctrina, sino una iglesia que “les guste”, que les dé un buen espectáculo, buenos servicios y cero confrontación.

La fe se ha convertido en una experiencia a la carta, diseñada para satisfacer los gustos del consumidor espiritual moderno.

Pero Jesús fue claro y tajante:

“Entrad por la puerta angosta; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella.” —Mateo 7:13-14

El camino angosto no se llena con fuegos artificiales, sino con corazones rendidos. La cruz no se sigue con comodidad, sino con negación propia. Y la iglesia no está llamada a reflejar al mundo, por más seductor que parezca ese espejo.

Y esto, lo sabemos, es un mensaje chocante, especialmente para los más jóvenes que han sido intoxicados por el exceso de imágenes, entretenimiento vacío y luces artificiales en redes sociales, plataformas y estilos de vida digitales. Pero no podemos edificar una iglesia para agradar a una generación que no ha conocido el quebranto. Tenemos que enseñarles a discernir entre lo brillante y lo verdadero, entre el show y lo sagrado, entre la emoción pasajera y la transformación eterna.

La iglesia está llamada a ser la luz en medio de la oscuridad, no un destello más en el carnaval del mundo:

*“Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad situada sobre un monte no se puede esconder.—
Mateo 5:14*

No estamos llamados a ser un reflejo del espectáculo, sino un faro de esperanza para las almas naufragando en el sinsentido de esta cultura posmoderna. Un faro no entretiene. Un faro no brilla para impresionar. Un faro no cambia de color según el clima. Un faro se mantiene firme, alto y constante, porque su propósito es guiar, advertir y salvar.

Así también la iglesia está llamada no a imitar, sino a iluminar. No a agradar, sino a proclamar. No a seducir, sino a redimir.

II. El Culto al Entretenimiento

El segundo riesgo, que se desprende directamente del culto a la imitación, es el culto al entretenimiento, una tendencia peligrosa que ha infiltrado el corazón de muchas congregaciones. El culto cristiano, que debería ser un tiempo sagrado de encuentro con Dios, se ha convertido en muchos lugares en una experiencia sensorial diseñada para impactar emocionalmente, mantener la atención del público y garantizar una “buena asistencia”.

Luces, humo, coreografías, música estruendosa, frases motivacionales cuidadosamente formuladas, y una atmósfera que se asemeja más a un festival que a una reunión santa... todo eso se presenta como adoración.

Y lo triste no es solo que algunos líderes lo promuevan, sino que muchos creyentes lo prefieren.

Hay cristianos que no buscan profundidad ni verdad, sino simplemente una dosis de heroína emocional que los haga “sentir bien” por un momento, una dosis de fentanilo de euforia dominical aunque sigan viviendo igual el resto de la semana. Viven su fe como si fuera un concierto al que asisten cada domingo: se emocionan, aplauden, lloran... pero no cambian.

Ahora bien, no estamos diciendo que las emociones sean malas. Dios nos creó con emociones, y es natural que nuestro corazón se conmueva al estar en Su presencia. Pero las emociones no son el fin del culto, ni el centro de la adoración. Son el fruto, no la raíz. La verdadera experiencia espiritual no nace del estímulo sensorial, sino del encuentro con la verdad eterna de Dios. Una experiencia emocional sin fundamento bíblico carece de poder transformador, porque no lleva al arrepentimiento, ni a la obediencia, ni a la santidad.

La Escritura es clara:

“Dios es Espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad.” —Juan 4:24

No dice “en espíritu y en sensaciones”. La adoración verdadera no es producto del ambiente, sino del corazón rendido a la verdad revelada por el Espíritu Santo.

La emoción sin verdad es como fuego sin altar: solo humo. Pero la verdad sin emoción es como un altar sin fuego: seco, frío y estéril.

Ambas deben ir juntas, pero la verdad es la que dirige, y el Espíritu es quien enciende.

El culto cristiano no puede reducirse a una emoción efímera, ni a un momento de catarsis dominical. Debe ser un tiempo santo donde Dios es exaltado, Su Palabra es proclamada, y el

corazón es confrontado. No estamos llamados a “sentir bonito”, sino a ser santificados. No se trata de salir animados, sino de salir transformados.

No se trata de aplaudir al predicador, sino de escuchar la voz del Dios vivo que nos llama al arrepentimiento y a la obediencia continua.

Adorar no es un momento musical, es un estilo de vida. Es rendirse cada día al Señorío de Cristo. Es vivir con temor reverente, con gratitud profunda, con gozo verdadero, con obediencia firme.

Una iglesia que entretiene puede emocionar, pero solo una iglesia que adora en espíritu y en verdad puede santificar. Y el mundo no necesita más entretenimiento. El mundo necesita verdad. El mundo necesita luz. El mundo necesita iglesias que proclamen al Dios Santo, no que ofrezcan experiencias “inspiradoras” sin contenido eterno.

III. El Culto a las Celebridades

Un tercer desafío alarmante de nuestra época, que de igual manera vine de la mano de lo anterior, es el culto a las celebridades dentro de la iglesia.

Cada vez más, la atención gira no en torno a Cristo, sino a figuras prominentes: predicadores carismáticos, pastores mediáticos, músicos que llenan estadios, y *influencers cristianos* que acumulan seguidores por millones en redes sociales. Se les escucha, se les cita, se les imita... a veces con más devoción que a los autores de las Escrituras. Lo que comenzó como una admiración natural por su don o su mensaje, muchas veces termina en una idolatría disimulada pero peligrosa.

Esto no es otra cosa que una copia burda del sistema del mundo, donde los artistas, las estrellas deportivas, los influencers y los líderes de opinión son tratados como semidioses. En lugar de confrontar esa cultura, muchos dentro del cristianismo la han abrazado, creando sus propias versiones de fama, reconocimiento y culto a la personalidad.

Y lo más preocupante: muchos creyentes ya no buscan qué dice la Palabra, sino qué opina su predicador favorito. Ya no se preguntan si algo es bíblico, sino si tal o cual “voz autorizada” lo aprueba. Se ha cambiado la centralidad de la Escritura por el peso de una opinión que vale más por la cantidad de seguidores que tiene, que por cuán centrada en Cristo está.

No importa tanto lo que diga... mientras lo diga alguien famoso. Se eleva la influencia por encima de la integridad, y el carisma por encima de la verdad. Pero Jesús fue claro y contundente:

“Pero ustedes no se dejen llamar rabi, porque uno solo es su Maestro, y todos ustedes son hermanos.” —Mateo 23:8

Esto no significa que esté mal admirar a siervos fieles de Dios, que enseñan, modelan y viven la Palabra con integridad. La Biblia misma nos llama a honrar a los que enseñan con fidelidad (1 Timoteo 5:17) y a imitar la fe de aquellos que han sido ejemplo (Hebreos 13:7). El problema no es la honra, sino la exaltación exagerada y la dependencia espiritual malsana. Cuando la figura humana se vuelve el filtro por el cual pasamos todo lo que creemos, cantamos o practicamos, estamos en grave peligro.

Aún más grave es cuando estas figuras se convierten en fuente de revelación casi infalible: lo que dicen se convierte en ley, sus aseveraciones se toman como dogmas, y sus posturas reemplazan el estudio personal de la Palabra. Se eleva tanto su figura, que incluso cuando caen en error, nadie los corrige. Y si alguien osa hacerlo, es tildado de “enemigo del ungido”. Esto alimenta el ego humano, pero asfixia la gloria de Cristo.

La iglesia no fue llamada a elevar hombres, sino a exaltar a Jesucristo, el Hijo de Dios. Cuando la personalidad de un líder se vuelve más importante que la persona de Cristo, hemos perdido el norte. Cuando la figura del predicador opaca el mensaje del Evangelio, estamos peligrosamente cerca de un culto... pero no uno santo. Cuando el púlpito sirve más para construir plataformas personales que para exaltar al Salvador crucificado, hemos convertido la iglesia en una marca y el ministerio en un negocio.

El verdadero líder espiritual es aquel que, como Juan el Bautista, disminuye para que Cristo crezca (Juan 3:30). Es aquel que predica no para atraer miradas, sino para dirigirlas a la cruz. Es aquel que no compite por seguidores, sino que forma discípulos para el Reino.

La iglesia no necesita más celebridades. Necesita más siervos.

No necesita influencers. Necesita intercesores.

No necesita plataformas, necesita púlpitos con fuego del cielo y rodillas en el suelo.

IV. Una Iglesia que Imite el Propósito Bíblico

Los tres cultos modernos que hemos analizado —la imitación, el entretenimiento y las celebridades— son el reflejo de una cultura ansiosa por gratificación instantánea, visibilidad pública y aceptación popular. Vivimos en una generación que mide el valor por los *likes*, la autoridad por los *seguidores*, y la verdad por las tendencias. Esta cultura quiere resultados

rápidos, emociones fuertes, y experiencias que no incomoden. Es la era de lo superficial, del espectáculo sobre la sustancia, de la imagen sobre la integridad.

Y el gran peligro es que la iglesia adopte ese mismo molde, queriendo ser relevante a costa de ser fiel. Pero la iglesia de Cristo no fue llamada a reflejar la cultura de este siglo, sino a transformarla (Romanos 12:2). No fue diseñada para seguir la corriente, sino para ser un dique que resiste la marea. No fue puesta en el mundo para complacerlo, sino para confrontarlo con amor y verdad.

La iglesia tiene un propósito eterno que no cambia con las modas, y ese propósito no lo definimos nosotros, lo define Dios en Su Palabra. ¿Cuál es ese llamado? Está claramente expresado en múltiples pasajes, y se puede resumir en estos pilares fundamentales:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.” —Marcos 12:30

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” —Marcos 12:31

“Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos... enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado.” —Mateo 28:19–20

“Todo lo que hagan, háganlo para la gloria de Dios.” —1 Corintios 10:31

Basados en esto, la iglesia debe:

- Amar a Dios sobre todas las cosas.
- Amar al prójimo como a nosotros mismos.
- Predicar el Evangelio con fidelidad y sin compromisos.
- Hacer discípulos que crezcan y maduren en su fe.
- Servir para formar vidas transformadas, no solo multitudes complacidas.
- Adorar y darle la gloria solo a Cristo.

Esto es más que una misión. Es un mandato. Y este propósito no puede cumplirse con shows, estrategias de marketing o carisma humano. Solo una iglesia guiada por el Espíritu, fundamentada en la Palabra y enamorada de Cristo podrá cumplir este llamado.

La misión de la iglesia no es parecerse al mundo, sino parecerse a Cristo.

No es entretener, sino atraer con la verdad, enseñar con fidelidad, formar con paciencia y enviar

con autoridad.

No es agradar a las masas, sino obedecer al Maestro.

Una iglesia que busca la aprobación del mundo perderá el poder del cielo. Pero una iglesia que honra la voluntad de Dios, aunque sea despreciada por la cultura, será columna y baluarte de la verdad (1 Timoteo 3:15).

Y esa es la iglesia que el mundo realmente necesita: no una que le haga cosquillas al oído, sino una que le hable al alma. No una que se diluya, sino una que alumbre. No una que imite, sino una que manifieste al Cristo vivo en todo lo que hace.

Conclusión

“Porque: ‘Toda carne es como la hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba. Sécase la hierba, cáese la flor, pero la palabra del Señor permanece para siempre’. Y esta es la palabra que a ustedes les fue predicada.” —1 Pedro 1:24-25

Toda carne es hierba... pero la Palabra que permanece para siempre se hizo carne.

Toda gloria humana se marchita... pero la gloria del Hijo unigénito brilló con luz eterna, llena de gracia y de verdad.

Todo espectáculo se desvanece... pero Cristo crucificado sigue siendo el poder de Dios para salvación.

El Evangelio no es una emoción pasajera, es una Persona viva: Jesucristo.

Él es el centro, el mensaje, el propósito, la razón y el fin de la iglesia.

Él es la Palabra encarnada que no pasa.

Él es la luz verdadera que alumbra a todo hombre.

Él no vino a entretener a las masas, sino a dar Su vida por muchos.

No vino a llenar auditorios, sino a cargar una cruz.

No vino a buscar fama, sino a cumplir el plan eterno del Padre: salvar lo que se había perdido.

Y es a Él a quien debemos predicar. A Él debemos imitar. A Él debemos exaltar.

Vivimos en tiempos donde se aplaude lo inmediato y lo superficial. La gratificación instantánea se ha convertido en norma, y muchas veces la iglesia ha sido tentada a seguir ese ritmo acelerado, ese molde que busca agradar a las multitudes, pero se aleja de la cruz.

Pero el llamado de Dios no es hacia lo superficial. Es hacia lo eterno. Es hacia Cristo.

La verdadera relevancia de la iglesia no radica en su capacidad de seguir tendencias, sino en su fidelidad a la verdad de Dios. Mientras el mundo se descompone en su propio espectáculo, la iglesia debe brillar como columna y baluarte de la verdad.

Nos impactan —y con razón— los campos de exterminio descubiertos en nuestro país. Nos conmueven los números, las fosas, los rostros desaparecidos. Pero la realidad espiritual es aún más desgarradora: este mundo entero es un gran campo de exterminio, y el blanco principal es la fe de los hijos de Dios. El enemigo no descansa. La comodidad del mundo moderno se ha convertido en una fosa silenciosa, donde muchos cristianos son adormecidos y consumidos poco a poco. Y ante esta tragedia, también debemos estremecernos y reaccionar.

No fuimos llamados a entretener a los sobrevivientes del campo de exterminio que es este mundo, sino a rescatarlos con la Verdad que permanece para siempre. Y esa Verdad no es una filosofía, ni una tendencia, ni una emoción pasajera. Es una Persona: Cristo.

Que el horror que hoy vemos en las noticias no solo nos conmueva, sino que nos despierte. Que no seamos iglesias de luces apagadas en medio de tanta oscuridad. Que no seamos sal que ha perdido su sabor, ni lámparas escondidas debajo del almud.

Se seca la hierba, se marchita la flor... pero la Palabra del Señor permanece para siempre.

Y esa es nuestra esperanza, nuestro mensaje, nuestra tarea.

La iglesia no está aquí para ser popular, sino para ser santa, transformadora y fiel al Evangelio.

Necesitamos volver al centro: Cristo.

Y recordar que una iglesia que se conforma al mundo pierde su poder, pero una iglesia que imita a Cristo... transforma el mundo.